

ROSA MONTERO

# LA LOCA DE ESPAÑA

Arremete con una nueva novela. Una novela que también es un ensayo acerca de la literatura y una autobiografía. En ella habla de su fascinación por los enanos, de su romance con un actor de Hollywood y de cómo quiere que la recuerden después de muerta. La escritora anarquista, la hippie que probó drogas psicodélicas, la niña que sufrió tuberculosis, están en las páginas de *La loca de la casa*. Acerca de este libro, que llega a Chile a fines de mayo, nos habla nuestra columnista.

MARCELO SIMONETTI

**E**n la portada de su último libro, aparece una foto suya de cuando tenía cinco años. Lleva un vestido rosa, zapatitos blancos y una flor en la mano. Tras ella hay una reproducción en blanco y negro de un grupo de enanos sacado de un documental alemán que hablaba de los circos en los tiempos del nazismo. Una de esas enanas es igual a la Rosa Montero de cinco años. El descubrimiento lo hizo la propia Rosa, en la ciudad de Colonia, mientras hacía zapping durante una noche de insomnio. "Había una liliputiense que era igual a una foto mía que siempre me había espantado, porque me costaba reconocerme", cuenta Rosa. La sombra de la tuberculosis que padeció entre los cinco y los nueve años ya comenzaba a aparecer, pero no era eso lo que la angustiaba. "Había algo más, como el eco de un dolor que sabes que has sufrido". Esa noche, frente al televisor de un hotel de Colonia, Rosa Montero se reconcilió con esa fotografía de niña. "A esa edad yo era una enana. Monteroso dice que los enanos tienen una especie de sexto sentido que les permite reconocerse a simple vista. Es verdad. Tiene razón. A mí me sucedió eso en un hotel de Colonia".

Rosa Montero, redactora de *El País*, autora de novelas como *La hija del caníbal* o *El corazón del tártaro*, y una de las plumas españolas más respetadas, ha vuelto a la carga con un nuevo libro: *La loca de la casa*. Se ha valido de la frase de Santa Teresa de Jesús ("La imaginación es la loca de la casa") para hacer un guiño evidente a su personalidad. No por nada, con 52 años en el cuerpo, ha sido hippie, creyó en la psicodelia y se declaraba anarquista, declaración que mantiene hasta hoy. *La loca de la casa* es una apuesta diferente en su carrera que ya sabe de nueve novelas. Porque es una novela, es un ensayo acerca de la literatura y es también una autobiografía.

—Aunque la parte autobiográfica es, en realidad, una recreación ficcional de mí misma. Tiene mucho de cuento y forma parte de un juego que deseo establecer con el lector. Siempre he pensado que la narrativa es el arte primordial de los humanos. Para ser tenemos que narrarnos, y en ese cuento de nosotros mismos hay muchísimo cuento: nos mentimos, nos imaginamos, nos engañamos. Lo que hoy relatamos de nuestra infancia no tiene nada que ver con lo que relataremos dentro de 20 años —dice Rosa,

desde su casa en Madrid.

Hay cosas, claro, en las que Montero no puede engañarse ni mentir. Como hablar de los hijos que nunca ha tenido, por opción propia, porque la verdad es que nunca los quiso tener, porque de "niña jugaba con animales de peluche, no con muñecos antropomórficos". O el haber sido hija de una familia de clase media-baja, que creció en el barrio de Cuatro Caminos, en Madrid. O de su padre, que era torero.

—Yo era muy pequeñita cuando mi padre torreaba en Madrid. Luego dejaría los toros para dedicarse a fabricar ladrillos. Pero de ese tiempo recuerdo que él entraba al cuarto de baño vestido de padre normal y, al cabo de algunos minutos, salía vestido de Dios, con su traje brillante, ataviado de alamares y luces. Todos le deseaban suerte y le decían "¡suerte, maestro!". Y de tanto escuchar esa frase, lo primero que aprendí a decir fue "¡suerte, papá!".

Su padre murió hace cuatro años. Pero su madre sigue viva, revisando cada artículo que aparece en la prensa acerca de su hija. Pendiente de si el libro de turno sigue en el ranking de los más vendidos o si ha perdido puntos en la lista de los best-seller, tras lo cual no tiene empacho en telefonar a



Rosa para recriminarle: “¡Hija, has bajado tres puestos en la lista!”. Gran narradora verbal, es de ella de quien la escritora ha heredado el amor por la fabulación. Sin embargo, hubo un hecho en la infancia de Rosa Montero que marcó su oficio de escritora.

—Los seres humanos somos todos hijos de nuestras circunstancias, y, sin duda, el haber estado enferma de pequeña y no haber ido al colegio desde los cinco a los nueve años, fruto de una tuberculosis y de la anemia, fue esencial en mi desarrollo como persona. Me pasé esos cuatro años leyendo y escribiendo. Escribiendo cuentos tontos de ratitas parlantes, llenos de faltas de ortografía. Probablemente ese fue el impulso inicial hacia la literatura.

Con su única hermana, Martina, hay un mundo de diferencias. “Ella tiene tres hijos, yo no tengo ninguno; ella lleva 20 años con el mismo hombre felizmente, mientras que yo he tenido no sé cuántas parejas y suelo refunfuñar de todas ellas. Ella es una eficiencia colosal, trabaja competentemente como gerente de una empresa informática,

atiende a sus hijos, lleva su casa como un general de intendencia llevaría una ofensiva, cocina como un chef galardonado por la guía Michelin, resuelve todos los problemas burocráticos y legales con facilidad inhumana, y siempre está tranquila y relajada; yo, en cambio, no sé cocinar, tengo mi despacho convertido en una leonera, ordenar un armario me parece un reto insuperable, nunca recuerdo dónde he dejado las gafas, corro agitada por mi casa y por la vida como si me hubieran robado un día del calendario y creo que lo único que sé hacer es escribir”.

Rosa Montero tiene un pie en el periodismo y otro en la literatura. Dice que nunca vivirá de sus novelas, porque sabe de casos de escritores que se han hundido por tratar de cumplir las exigencias anuales de las editoriales. Y porque para ella el periodismo es su trabajo y la literatura, una pasión. “De hecho, el escribir novelas es lo más parecido que he encontrado a enamorarme, con la apreciable ventaja de que en la escritura no necesitas la colaboración de otra persona. Por ejemplo: cuando estás sumido en una

pasión, vives obsesionado por la persona amada, hasta el punto de que todo el día estás pensando en ella, te lavas los dientes y ves flotar su rostro en el espejo, vas conduciendo y te confundes de calle porque estás obnubilado con su recuerdo, intentas dormirte por las noches y en vez de ello caes en los brazos imaginarios de tu amante. Pues bien, mientras escribes una novela, vives en el mismo estado de deliciosa enajenación”.

Pasó sus años de estudiante de psicología, de literatura y periodismo, bajo los últimos estertores del franquismo. “Era antifranquista, como casi todos; participé en las manifestaciones, muerta de miedo, como casi todos. No milité ni he militado nunca en ningún partido, pero era lo que entonces se llamaba ‘compañera de viaje’ del PCE (Partido Comunista Español), que constituía, sin duda, el núcleo más sólido y eficiente del antifranquismo. Aunque yo, temperamentally e ideológicamente, me encuentro más cerca del anarquismo. Fumaba porros como muy pocas personas en aquella época. Pertenecía al grupo de los *hippios*, lo cual

significaba que estaba más o menos convencida de que, entre todos, podíamos cambiar el mundo de arriba a abajo. Había que tomar drogas psicodélicas para romper la visión burguesa y convencional de la realidad; había que inventar nuevas formas de amarse y de relacionarse, más libres y sinceras”.

En *La loca de la casa*, cuenta la relación que tuvo con un famoso actor de Hollywood que sólo identifica con una letra: M. “Al final llegamos al apartamento de M. e hicimos el amor. No recuerdo nada ni del apartamento ni del acto sexual: supongo que el primero sería amoblado y anodino, y el segundo tan desamoblado y manifiestamente mejorable como a menudo son los primeros encuentros”. Repetirá luego con M., pero en ningún caso se trata del amor de su vida. Bueno, Rosa Montero es de las que cree que los amores eternos duran dos años, aunque ahora lleve 14 emparejada.

—¿Cómo se consigue eso después de renegar del amor eterno?

“Con el amor real, el amor cotidiano, lo

que yo llamo el amor heroico, que es una mezcla de afecto y complicidad y respeto y vida común. El amor apasionado siempre es un puro invento. Del otro, no me enamora nada. Sólo lo uso para depositar encima de sus hombros ese espejismo ferviente del amor. Ahora, es verdad que los humanos solemos repetir nuestros modelos amorosos. El primero es muy parecido al último. Es decir, buscamos ‘perchas’ semejantes para depositar nuestro espejismo. Después de muchos años, yo he llegado a la conclusión de que a mí me gustan los hombres guapos, inteligentes y con cierta patología emocional que les impide manifestar sus emociones”.

Así es esta Rosa. Viviendo la vida como si se tratara de una novela y viviéndola, también, como si se tratara de la vida real. Ahí está un poco el secreto de *La loca de la casa*. El haberla escrito a partir de una Rosa Montero que es mitad real y mitad imaginada.

—Es que, para mí, la vida imaginaria es también vida. Y, a veces, más real que la vida real. Me ha ocurrido que cuando estoy terminando una novela, el mundo del que es-

cribo y el cotidiano parecen fundirse. Y te suceden cosas curiosas. Por ejemplo, si estás escribiendo una novela sobre un personaje que tiene una cicatriz en la cara, comienzas a ver por todas partes hombres con las mejillas tajadas.

Y aunque aún le queda toda una vida por delante, muchas historias por contar, nos deja un texto escrito de su propia mano para el eventual obituario: “Esta madrugada, mientras dormía, ha muerto la escritora Rosa Montero a consecuencia de un paro cardíaco. Montero, de 83 años, acababa de regresar de Vancouver, donde había presentado su última novela, y se encontraba trabajando en un libro de cuentos. Activa, curiosa, vitalista e inquieta hasta el final, la escritora hacía gimnasia todos los días, estaba estudiando un curso de historia medieval en la Complutense, seguía viajando con frecuencia y mantenía un ritmo de vida que sus numerosos amigos solían calificar de trepidante... Aunque quizás me bastaría con un escueto nunca se contentó con lo que sabía”. ■